

Novelas del Siglo de oro

La Galatea

Elicio, pastor en las riberas de Tajo, con quien naturaleza se mostró tan liberal en cuanto la fortuna y escaso al amor por la incomparable belleza de la sin par Galatea, pastora en las mismas riberas nacida; y, aunque en el pastoral y rústico ejercicio criada, fue de tan alto y subido entendimiento, que las discretas damas, en los reales palacios crecidas y al discreto tracto de la corte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parecerla en algo, así en la discreción como en la hermosura. Por los infinitos y ricos dones con que el cielo a Galatea había adornado, fue querida, y con entrañable ahínco amada, de muchos pastores y ganaderos que por las riberas de Tajo su ganado apascentaban; entre los cuales se atrevió a quererla el gallardo Elicio, con tan puro y sincero amor cuanto la virtud y honestidad de Galatea permitía.

De Galatea no se entiende que aborresciese a Elicio, ni menos que le amase; porque a veces, casi como convencida y obligada a los muchos servicios de Elicio, con algún honesto favor le subía al cielo; y otras veces, sin tener cuenta con esto, de tal manera le desdeñaba que el enamorado pastor la suerte de su estado apenas conocía. No eran las buenas partes y virtudes de Elicio para aborrecerse, ni la hermosura, gracia y bondad de Galatea para no amarse. Por lo uno, Galatea no desechaba de todo punto a Elicio; por lo otro, Elicio no podía, ni debía, ni quería olvidar a Galatea. Parecíale a Galatea que, pues Elicio con tanto miramiento de su honra la amaba, que sería demasiada ingratitud no pagarle con algún honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginábase Elicio que, pues Galatea no desdeñaba sus servicios, que tendrían buen suceso sus deseos. Y cuando estas imaginaciones le avivaban la esperanza, hallábase tan contento y atrevido, que mil veces quiso descubrir a Galatea lo que con tanta dificultad encubría. Pero la discreción de Galatea conocía bien, en los movimientos del rostro, lo que Elicio en el alma traía; y tal el suyo mostraba, que al enamorado pastor se le helaban las palabras en la boca. (...)

Era Erastro un rústico ganadero, pero no le valió tanto su rústica y selvática suerte que defendiese que de su robusto pecho el blando amor no tomase entera posesión, haciéndole querer más que a su vida a la hermosa Galatea, a la cual sus querellas, cuando ocasión se le ofrecía, declaraba. Y, aunque rústico, era, como verdadero enamorado, en las cosas del amor tan discreto que, cuando en ellas hablaba, parecía que el mismo amor se las mostraba y por su lengua las profería; pero, con todo eso, puesto que de Galatea eran escuchadas, eran en aquella cuenta tenidas en que las cosas de burla se tienen. No le daba a Elicio pena la competencia de Erastro, porque entendía del ingenio de Galatea que a cosas más altas la inclinaba. Antes tenía lástima y envidia a Erastro: lástima, en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus deseos; envidia, por parecerle que quizá no era tal su entendimiento, que diese lugar al alma a que sintiese los desdenes o favores de Galatea, de suerte, o que los unos le acabasen, o los otros lo enloqueciesen.

Texto # 2

La Historia de los amores de Abindarráez y Jarifa

Ambientada en el reinado de Juan II, esta novela breve narra la historia de amor de Abindarráez y Jarifa. La misma noche en la que se dirigía de Cártama a Coín para desposarse en secreto con su amada Jarifa, el joven Abindarráez es apresado por el alcaide cristiano de Antequera y Álora, Rodrigo Narváez. Éste, conmovido ante la nobleza de su prisionero, decide otorgarle permiso para reunirse con Jarifa bajo promesa de regresar al tercer día. Abindarráez llega a Coín ese mismo día y se casa con Jarifa. Después, le cuenta a su amada que ha de regresar a Álora para cumplir su compromiso con Narváez, y Jarifa decide ir con él. Al final, Rodrigo de Narváez consigue que el padre de Jarifa, que se oponía a esta unión, perdone a los recién casados, y los deja ir, agasajándolos generosamente.

“—Quiso mi buena suerte que hoy por la mañana mi señora me cumplió su palabra, enviándome a llamar con una criada suya, de quien como de sí fiaba, porque su padre era partido para Granada, llamado del Rey, para dar vuelta luego. Yo resucitado con esta improvisa y dichosa nueva, apercibime luego para caminar. Y dejando venir la noche por salir más secreto y encubierto, púseme en el hábito que me encontraste, el más gallardo que pude, por mejor mostrar a mi señora la ufanía y alegría de mi corazón.

Por cierto no creyera yo que bastaran dos caballeros juntos a tenerme campo, porque traía a mi señora conmigo, y si tú me venciste no fue por esfuerzo, que no fue posible, sino que mi suerte tan corta o la determinación del cielo, quiso atajarme tan supremo bien. Pues considera agora en el fin de mis palabras el bien que perdí y el mal que poseo. Yo iba de Cártama a Coín breve jornada, aunque el deseo la alargaba mucho, el más ufano Abencerraje que nunca se vio, iba llamado de mi señora, a gozar de mi señora y a casarme con mi señora. Véome ahora herido, cautivo y en poder de aquel que no sé lo que hará de mí: y lo que más siento es que el término y coyuntura de mi bien se acabó esta noche. Déjame, pues, cristiano, consolar entre mis suspiros. Déjame desahogar mi lastimado pecho, regando mis ojos con lágrimas, y no juzgues esto a flaqueza, que fuera hartos tener ánimo para poder sufrir, sin hacer lo que hago, en tan desastrado y riguroso trance.

Al alma le llegaron al valeroso Narváez las palabras del Moro, y no poco espanto recibió del extraño suceso de sus amores. Y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa podía dañar más que la dilación, le dijo:

—Abindarráez, quiero que veas que puede más mi virtud que tu mala fortuna, y si me prometes de volver a mi prisión dentro del tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu comenzado camino, porque me pesaría atajarte tan buena empresa.

[...]

Carta del abencerraje abindarráez al alcaide de álora

Si piensas, Rodrigo de Narváez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al mío, me dejaste libre, engañaste, que cuando libertaste mi cuerpo, prendiste mi corazón; las buenas obras, prisiones son de los nobles corazones. Y si tú por alcanzar honra y fama, acostumbras hacer bien a los que podrías destruir, yo, por parecer a aquellos donde vengo, y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes, antes coger y meter en mis venas toda la que de ellos se vertió, estoy obligado a agradecerlo y servirlo. Recibirás de ese breve presente la voluntad de quien le envía, que es muy grande, y de mi Jarifa, otra tan limpia y leal que me contento yo de ella.

El alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente y recibiendo de él los caballos y lanzas y adargas, escribió a Jarifa así:

Carta del alcaide de álora a la hermosa jarifa

Hermosa Jarifa: No ha querido Abindarráez dejarme gozar del verdadero triunfo de su prisión, que consiste en perdonar y hacer bien; y como a mí en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa ni tan digna de capitán español, quisiera gozarla toda y labrar de ella una estatua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y armas recibo yo para ayudarle a defender de sus enemigos. Y si en enviarme el oro se mostró caballero generoso, en recibirlo yo pareciera codicioso mercader; yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hicisteis en serviros de mí en mi castillo. Y también, señora, yo no acostumbro robar damas, sino servir las y honrarlas.

Y con esto les volvió a enviar las doblas. Jarifa las recibió y dijo: —Quien pensare vencer a Rodrigo de Narváez de armas y cortesía, pensará mal. De esta manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos y trabados con tan estrecha amistad, que les duró toda la vida.

Texto # 3

Los trabajos de Persiles y Segismunda

“Curáronse los heridos y, dentro de ocho días, estuvieron para ponerse en camino y llegar a Roma, de donde habían venido cirujanos a verlos. En este tiempo, supo el duque cómo su contrario era príncipe heredero del reino de Dinamarca, y supo asimismo la intención que tenía de escogerla por esposa. Esta verdad calificó en él sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Parecióle que la que era estimada para reina lo podía ser para duquesa; pero entre estos pensamientos, entre estos discursos e imaginaciones se mezclaban los celos, de manera que le amargaban el gusto y le turbaban el sosiego. En fin, se llegó el día de su partida, y el duque y Arnaldo, cada uno por su parte, entraron en Roma, sin darse a conocer a nadie, y los demás peregrinos de nuestra compañía, llegando a la vista de ella, desde un alto montecillo la descubrieron, e hincados de rodillas, como a cosa sacra, la adoraron, cuando de entre ellos salió una voz de un peregrino que no conocieron, que, con lágrimas en los ojos, comenzó a decir de esta manera: ¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta alma ciudad de Roma! A ti me inclino, devoto, humilde y nuevo peregrino, a quien admira ver belleza tanta. Tu vista, que a tu fama se adelante, al ingenio suspende, aunque divino; de aquel que a verte y adorarte vino con tierno afecto y con desnuda planta. La tierra de tu suelo, que contemplo con la sangre de mártires mezclada, es la reliquia universal del suelo. No hay parte en tí que no sirva de ejemplo de santidad, así como trazada de la ciudad de Dios al gran modelo. Cuando acabó de decir este soneto el peregrino se volvió a los circunstantes, diciendo:

—Habrá pocos años que llegó a esta santa ciudad un poeta español, enemigo mortal de sí mismo y deshonor de su nación, el cual hizo y compuso un soneto en vituperio de esta insigne ciudad y de sus ilustres habitantes; pero la culpa de su lengua pagara su garganta, si le cogieran. Yo, no como poeta, sino como cristiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que habéis oído. —Yo apostaré que la diosa Venus, como en los tiempos pasados, vuelve a esta ciudad a ver las reliquias de su querido Eneas. Por Dios, que hace mal el señor gobernador de no mandar que se cubra el rostro de esta movable imagen. ¿Quiere, por ventura, que los discretos se admiren, que los tiernos se deshagan y que los necios idolatren?

Con estas alabanzas, tan hipérboles como no necesarias, pasando adelante el gallardo escuadrón, llegó al alojamiento de Manasés, bastante para alojar a un poderoso príncipe y a un mediano ejército”.